

Xavier Sala i Martín

Crisis (9): el pánico seguirá

Cuando se discutía el plan de estímulo económico de EE.UU. la presidenta del Congreso, Nancy Pelosi (demócrata), publicó un escalofriante gráfico que mostraba una caída del empleo muy superior a la de las dos últimas recesiones (1990 y 2001). Gráfico en mano, la señora auguró una nueva gran depresión si no se votaba su plan de estímulo. Y el plan se aprobó.

Realmente el gráfico de Pelosi era alarmante. Pero no porque demostraba que estamos ante una crisis sin precedentes, sino por ser un ejemplo de manipulación política sin escrúpulos (comparable a aquellos gráficos que enseñaba Zapatero en sus debates con Rajoy que “demostraban” que, en febrero del 2008, ¡en España no había crisis!). La manipulación de Pelosi consistía en ignorar y esconder el hecho de que durante el siglo XX ha habido otras recesiones peores que las relativamente benignas de 1990 y el 2001. Si se hace la comparación con todas ellas, se ve que la pérdida de empleo actual es grande, pero no extravagante: similar a la 1981, un poco mejor que la de 1974 y, de momento, no tiene nada que ver con la gran depresión de los años 30.

¡Sí! Estados Unidos ha perdido casi cuatro millones de puestos de trabajo en los últimos meses. La cosa no va nada bien. Pero no hay que olvidar que estamos hablando de un país que tiene unos 133 millones de trabajadores (hemos pasado de 137 cuando empezó la crisis, a 133 millones en febrero del 2009). Para que la actual crisis fuera comparable con la gran depresión, se deberían perder no 4 sino 35 millones de empleos. De momento, eso queda muy lejos.

¿Quiere decir que es imposible que llegue una depresión? De ninguna manera. El profesor Robert Barro, de la Universidad de Harvard, acaba de publicar un estudio que compara episodios de crisis a lo largo de la historia y de la geografía mundial y demuestra que, cuando las crisis económicas van acompañadas de colapsos de la bolsa, la probabilidad de que haya una depresión aumenta. Barro estima que la probabilidad de que la actual crisis se convierta en gran depresión es del 20%.

En el artículo “Crisis (2): 1929”, publicada aquí el 17/X/2008, decía yo que la crisis del 2008 tenía algunos aspectos similares a la de los años 30 (el más similar era, precisamente, la caída de la bolsa), pero

también muchas diferencias. El problema es que algunas de estas están empezando a desaparecer, por lo que la posibilidad de depresión está aumentando. Por ejemplo, desde entonces una preocupante ola proteccionista, similar a la que causó la gran crisis de 1929, está invadiendo el planeta.

Otra diferencia entre 1929 y el 2009 es que han pasado 80 años y hemos acumulado experiencias y conocimientos económicos. Lamentablemente, nuestros líderes parecen estar haciendo caso omiso de todo lo aprendido. Por ejemplo, a lo largo



JORDI BARBA

de las últimas décadas, los economistas han demostrado que era bueno que las políticas económicas siguieran “reglas” y no fueran dejadas a la “discreción” de políticos en estado de pánico. Claramente, este principio se ha abandonado.

Segundo ejemplo, si los instrumentos de política económica utilizados son “inestables”, se crea todavía más inestabilidad. Es decir, es bueno que los tipos de interés bajen cuando hay crisis. Pero si bajan demasiado, se crean burbujas financieras que dan lugar a crisis todavía mayores (en

parte, la crisis actual es consecuencia de la política de intereses bajos llevada a cabo por Greenspan para salir de la recesión del 2001). Es bueno que el gasto público y el déficit fiscal suban cuando hay crisis, pero si se disparan hasta límites insostenibles, acaban desestabilizando la economía. Principio también abandonado.

Tercer ejemplo, las políticas económicas deben ser “sostenibles”. El déficit fiscal de Obama es mayor que la suma de todos los déficits de todos los presidentes de la historia, desde George Washington hasta George W. Bush. Eso está creando tal incertidumbre que los mercados de seguros financieros (*credit default swaps*) ya empiezan a señalar que la probabilidad de que el Gobierno norteamericano no pueda hacer frente al pago de intereses en los próximos cinco años ha pasado del 0% histórico a más del 6% en la actualidad.

¿Se imaginan la catástrofe económica global que significaría que el Gobierno estadounidense –en la actualidad, la única entidad en la que los inversores de todo el mundo confían a la hora de invertirse comportara como una república bananera y no pudiera pagar sus deudas?

Finalmente, hemos aprendido que la confianza es importante. En la actualidad hay dos razones que llevan a la gente a no gastar. La primera, la falta de crédito derivada del colapso del sistema financiero. La segunda, y quizá más importante, la falta de confianza en el futuro: las familias no consumen porque tienen miedo a perder el empleo y las empresas no invierten porque tienen miedo a no vender. Y aquí es donde los líderes políticos, como Nancy Pelosi, tienen un papel importante: su burdo intento de infundir miedo entre los electores para conseguir su mezquino objetivo político es extraordinariamente irresponsable, porque hace cundir el pánico y eso agrava la situación. Claro que, si bien no es bueno que los políticos se pasen por exceso, tampoco lo es que se pasen por defecto. Solbes y Zapatero también perjudican la economía con su falso optimismo de predicciones sistemáticamente fallidas y diagnósticos flagrantemente equivocados.

Los líderes deben liderar de manera creíble, equilibrada y responsable. Mientras no lo consigan, el pánico seguirá.●

www.sala-i-martin.com

Lluís Foix



A más crisis, más Europa

Las grietas del proteccionismo económico que aparecen en las paredes del edificio europeo pueden acabar en simas profundas si los gobiernos de la UE no son capaces de mantener los cuatro pilares que han constituido un éxito sin precedentes en las relaciones de los pueblos europeos.

Me refiero al libre movimiento de bienes, personas, servicios y capitales. Un descarrilamiento de alguna de estas cuatro libertades conquistadas en más de medio siglo en construcción tendría efectos muy negativos. Una Europa cuarteada de nuevo por fronteras ideológicas, militares, económicas y sociales sería la antesala de los enfrentamientos y guerras que nos han azotado atávicamente.

A más crisis, más Europa, más complicidades para afrontar juntos los presagios negros que aparecen en el horizonte. Sería lamentable que cada país intentara resolver en su espacio territorial concreto los problemas planteados por la fuerte crisis que nos rodea.

Al acercarse las elecciones europeas vamos a ver como la brecha que se ha abierto entre los desacuerdos de

La amenaza puede venir del proteccionismo de los estados y no de los denostados eurócratas

los políticos y el fácil entendimiento de los ciudadanos se agranda. Los políticos de todos los partidos dan la impresión de que cuando debaten sobre las instituciones europeas lo que pretenden por encima de todo es no perder ninguna parcela del poder que ejercen en el ámbito nacional.

Los ciudadanos, como señala Tzvetan Todorov, sobre todo cuando son jóvenes, cruzan las fronteras sin darse cuenta, pasan con gran facilidad de una capital a otra y les parece de lo más natural sentarse a la mesa entre una finlandesa y un griego, un danés y una austriaca. Los que hemos transitado por tantas fronteras y aduanas, pasaporte en mano, recorriendo naciones europeas desde Sicilia hasta Noruega, entrábamos en territorio ajeno y extraño. Ahora me siento en casa en Barcelona, Berlín, Milán, Vilna o cualquier rincón europeo.

Decía Javier Solana en su discurso al recibir el premio Carlomagno en Aquisgrán que “la construcción europea arranca con la voluntad de sellar la paz entre Alemania y Francia...”. “Hemos sido capaces de abandonar el viejo y estéril concepto de basar nuestra seguridad en la debilidad del otro. Ahora sabemos que seremos fuertes y prósperos si nuestros vecinos lo son”.

Europa está compuesta de viejas naciones que llevan siglos de historia a sus espaldas, con culturas diferentes, con lenguas distintas, con intereses dispares. La Europa de hoy no elimina estas singularidades, sino que las protege como lo hizo el imperio austrohúngaro hasta la Gran Guerra de 1914. Otra cosa es cómo se organizan estas divergencias. La Europa de hoy no irá nunca en contra de los pueblos y naciones en el interior de sus fronteras. La amenaza más peligrosa puede venir de la tentación proteccionista de los estados y no de los denostados burócratas de Bruselas.●

Josep Maria Puigjaner

De Darwin a Teilhard

Darwin, en 1859, se atrevió a romper la tradición de la teología de su época, que interpretaba la Biblia al pie de la letra. En su libro *El origen de las especies* exponía que las especies no son creaciones particulares, una a una, producto de una actuación divina. En efecto, demostraba cómo miles de hechos relativos al mundo de los seres vivos podían ser explicados por un proceso evolutivo. Era la primera vez en la historia que se producía una oposición abierta a la autoridad de la Iglesia sobre la cuestión de los orígenes humanos.

Medio siglo más tarde, cuando el darwinismo está en horas bajas, se va gestando el pensamiento de Teilhard de Chardin, que presenta su evolucionismo gene-

ralizado como un sistema de explicación coherente de toda la realidad y, por tanto, aplicable al universo, a la Tierra, al hombre, a las ciencias, a las culturas, a las religiones y al cristianismo y a la Iglesia católica. Al tener sus raíces en un mundo en evolución –dice Teilhard–, el hombre y la humanidad desarrollan una dinámica evolutiva. Desde que surge el ser con conciencia y podemos hablar de persona humana, el objetivo del hombre es hacer avanzar el proceso del pensamiento.

En esta primera década del siglo XXI nos angustian voces apocalípticas que pregonan choques de civilizaciones y regresiones a las cavernas. Contra estos anuncios se alza la voz del evolucionista francés: el mundo no camina hacia la degradación moral. Pueden darse fracasos, impedimentos y hasta retrocesos –dice Teil-

hard–, pero la humanidad sigue una marcha imparabla. La humanidad avanza en la medida en que los humanos estamos dispuestos a impulsar y favorecer pensamientos, sentimientos y actitudes que nos elevan a niveles superiores del espíritu, todavía no alcanzados. Teilhard se decide por la esperanza de superación del presente, porque cree que la garantía que tenemos para que un objetivo se consiga es que lo juzguemos vitalmente necesario.

Las conclusiones del estudio de la materia y de su producto más perfecto, el espíritu humano, llevan a Teilhard hasta la fe en Dios y, al tiempo, en la humanidad. No es posible –dice– recuperar la vitalidad y el dinamismo de la fe en Dios sin admitir e incorporar el neohumanismo biológico y evolutivo contemporáneo, sin poner en práctica una fe humana en el futuro.●